



MURIO EL CRONISTA NACIONAL

Por Pedro Troncoso Sánchez

De Vetilio Alfau Durán supe por primera vez en los años veinte, cuando él publicaba artículos de interés histórico en el Listín Diario. Me lo imaginaba un señor maduro. Después supe que era un muchacho precoz, de menos de veinte años.

Desde entonces firmaba con solamente las iniciales de su nombre: VAD, que muy pronto ganaron importancia entre los lectores. Esa forma de ocultar su nombre completo lo caracterizó desde entonces y para el resto de su vida como un hombre que cultivaba la virtud de la modestia. Su temprana madurez lo puso en el cargo de Tesorero Municipal de Higüey.

En los primeros años de aquella década había estudiado en el Colegio Santo Tomás, que dirigía en Santo Domingo el Dr. Parmenio Troncoso, pero en esa etapa no percibí a Vetilio, aunque seguramente lo vi como a un niño más en el alumnado del plantel, que me era muy familiar.

Muchos años después el destino me puso en frecuen-

te contacto con Vetilio Alfau Durán siendo él Director de la Biblioteca de la Universidad de Santo Domingo y ocupando yo la Rectoría de la misma institución. En aquella época tuve la vivencia directa de su consagración a la investigación histórica y de su incurable modestia, de la cual es prueba la siguiente anécdota: En abril de 1982 el Director del Museo Nacional de Historia y Geografía, Lic. José Chez Checo, me solicitó hablar de Vetilio en la inauguración de la sala que iba a llevar su nombre. Con este motivo lo llamé por teléfono y como respuesta a una solicitud mía me contestó: "Yo no tengo Currículum Vitae". Esta respuesta del consagrado historiógrafo da la medida de la poca importancia que se daba a sí mismo y de la urgencia que hay en formar una relación que contenga su trabajo de investigación y divulgación de muchos años, desde cuando hurgaba papeles en los viejos archivos del Santuario de Higüey, en la Catedral de Santo Domingo, en la colección del historiador nacional García y en el Archivo General de la Nación.

En los años cuarenta Vetilio estudió y se doctoró en la recién creada Facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Domingo y luego cursó estudios en la Facultad de Derecho hasta alcanzar el título de doctor con su tesis "El Derecho de Patronato en la República Dominicana", pero como era de preverse, su fuerte vocación de investigador le cerró el paso al ejercicio de la profesión de abogado.

A su gran capacidad y dedicación al trabajo unía una memoria pasmosa, cualidad esta última que con el tiempo se hizo indispensable, dado que su archivo y su biblioteca crecían constantemente sin que este crecimiento fuera conformándose a las mejores normas de la biblioteconomía y la archivología. Siempre me dio la impresión de que era su propia cabeza su mejor fichero para un libro o un documento en su congestionado cuarto de trabajo. Era además ejemplarmente generoso



todas las veces que se le consultaba. Puede decirse que de hecho su persona y su biblioteca y archivo se convirtieron en un servicio social, porque tanta buena voluntad manifestaba al colega historiador como al simple estudiante.

Muchas veces me ocurrió que cuando yo creí enterarlo de un dato encontrado por mí, ya para él era cosa sabida de viejo. Por eso, cuando el Dr. Antonio Frías Gálvez, miembro del Instituto Duarteano, me trajo de Caracas una fotocopia del asiento del enterramiento del patricio Juan Pablo Duarte en el cementerio de Tierra de Jugo, registrado el 16 de julio de 1876, documento hasta entonces desconocido y único en que se menciona la enfermedad de que murió el Padre de la Patria, le dije al Dr. Frías Gálvez: "Para estar seguros de que has hecho el descubrimiento de una noticia no sabida antes documentalmente sino sólo por tradición, llamemos a Vetilio Alfau Durán. Si él no la conoce, es porque es nueva la noticia que has traído". Fue así como, después de haber hablado con Vetilio, tuvimos la certidumbre de que el Instituto iba a ofrecer a sus lectores una primicia en su próximo boletín.

Cuando en 1973 escribí "Vida de Juan Pablo Duarte" tuvo él la paciencia de oírme durante un tiempo, tarde por tarde, en su casa, los sucesivos capítulos de la obra. Estas largas sesiones de lectura y crítica, que recuerdo con tanta gratitud, fueron suficientes para sentirme seguro de no incurrir en error u omisión. Imperecedero reconocimiento conservo igualmente por los juicios que emitió en ocasión del acto de puesta en circulación del libro, en la casa natal de Duarte, el 26 de enero de 1975.

El tiempo que dedicó a la investigación histórica en el Archivo General de la Nación, mientras Emilio Rodríguez Demorizi ocupaba la dirección, fue un proceso de constante crecimiento de los conocimientos y una



frecuente rectificación de informaciones erróneas. En aquella época nuestro Archivo Nacional adquirió una categoría y una funcionalidad que a la salida de ellos decrecieron y que luego cobraron vida bajo la dirección de Marisol Florén y de Pedro Julio Santiago.

Vetilio Alfau Durán se pasó la vida en sus afanes historiográficos. En su casa ha quedado ahora el voluminoso resultado de esos afanes de más de sesenta años. Este acervo queda ahora al cuidado de su ejemplar esposa Doña María Altagracia del Valle y de sus hijos Vetilio Joaquín, Manuel de Js. y Salvador Antonio. En sus amorosas manos descansa principalmente la responsabilidad de mantener vivos y operantes el archivo y la biblioteca del investigador, pero es indudable que debe intervenir también el interés del Estado para asegurar su permanencia y buena conservación en el futuro. Otro trabajo que se impone, siempre con el apoyo oficial, es el de reunir la muy dispersa obra que dejó escrita para su publicación por la Academia Dominicana de la Historia, institución a la que perteneció y sirvió de Secretario, y en la que no puede darse un paso sin que se advierta su huella. Como puede observarse, el órgano oficial de la Academia, denominado: "CLIO" desde los tiempos de Federico Henríquez y Carvajal, es en buena parte la hechura por largos años de Vetilio Alfau Durán.

Es muy larga la lista de títulos que luce su bibliografía y no es el caso de repetirla aquí, pero sí quisiera recordar la contribución que brindó Alfau Durán al Instituto Duarte para que su Boletín fuera desde su primer número hasta el último una publicación de máxima importancia en el orden histórico, siempre buscado y citado por los estudiosos.

En su primer número, una bibliografía duartiana formada con su ayuda; en el segundo, un artículo acerca de la filoria, flor simbólica de los Trinitarios; en el tercero, unos apuntes biográficos de Juan Pablo Duarte;



en el cuarto, unas notas relativas al trinitario Gral. Felipe Alfau; en el quinto, un discurso acerca del prócer trinitario Pedro Alejandrino Pina; en el sexto, el comienzo de un estudio de los Fundadores de La Trinitaria; en el séptimo, la última parte de su estudio sobre los Fundadores de La Trinitaria; en el noveno, un artículo acerca de la supuesta descendencia de Duarte; en el décimo, un artículo sobre Fray Cipriano de Utrera y la fundación de La Trinitaria y otro en torno al Sterling mencionado por Duarte en sus notas autobiográficas; en el undécimo, un estudio en torno al 27 de febrero de 1844; en el duodécimo, un artículo acerca del patricio Mella; en el décimo tercero, estudios sobre nuestra Acta de Independencia y con pensamientos de Juan Isidro Pérez; en el décimo cuarto, una investigación acerca de la casa de Duarte y un artículo intitulado "El Vaticinio de Pérez de la Paz"; en el décimo quinto, una investigación acerca de la casona de Bondillo, en que se reunió la primera asamblea nacional del país; en el décimo sexto, un artículo sobre el plan Levasseur y la resolución del 8 de marzo de 1844.

La misma alta categoría la comunicó a la serie de volúmenes del mismo Instituto, el primero de los cuales muestra la labor duartológica realizada por el recién fenecido historiador, conjuntamente con los académicos Emilio Rodríguez Demorizi y Carlos Larrazabal Blanco.

También es autor de la obra publicada en el IV volumen, que recoge el muy buscado y difundido Ideario de Duarte, que él reunió tomando pensamientos de los diferentes escritos dejados por el Patricio. El VIII volumen es asimismo la transcripción completa de su estudio acerca de los fundadores de La Trinitaria.

Una cualidad poco advertida de Vetilio Alfau Durán fue sus dotes oratorias, las que por primera vez pude apreciar en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia el 4 de junio de 1964, cuando tuvo a su



cargo el discurso de orden, que no leyó sino que dijo, en la celebración del centenario de la muerte de Mella, ocurrida en Santiago en momentos muy comprometidos de la lucha que se libraba para restablecer la República, cuya vicepresidencia ocupaba al morir. Hizo una magnífica semblanza del tercero de los Padres de la Patria pero lo que más me impresionó fue la descripción que hizo del entierro del héroe, que definió como “una constelación de próceres” puesto que estuvieron presentes Juan Pablo Duarte, Francisco Ulises Espallat, Gregorio Luperón, Gaspar Polanco, Benito Monción, Benigno Filomeno de Rojas y los demás miembros del Gobierno Provisorio de la Restauración.

Era Vetilio un orador nato pero le preocupaba el poco alcance de su voz y evitaba en lo posible hablar en público. Un día traté de quitarle esa preocupación diciéndole que el mismo inconveniente tenían dos ases de la intelectualidad francesa contemporánea, a quienes la insuficiencia de voz no los cohibía, que eran François Mauriac y André Maurois.

Hace muchos años dije que Vetilio Alfau Durán estaba hecho a la medida para ocupar un cargo que todavía no existe: el de Cronista Nacional.

Ya murió y ahí quedan su biblioteca, su archivo y su obra, pero no el valor viviente de su cerebro, su trabajo y su generosidad. El servicio que prestaba desde la posición que él mismo se creó, sin nombramiento y sin sueldo, la nación necesita que se continúe prestando. La labor personal que por años realizó Vetilio Alfa Durán debiera quedar convertida en una institución bien respaldada y bien servida, al inmediato cuidado de su digna familia.

